

LOYOLA.

DE 1767 A 1816

BREVE NOTICIA DE LAS VICISITUDES DEL COLEGIO DE LOYOLA DESDE LA SUPRESION DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS HASTA SU RESTABLECIMIENTO.

Cuando en 1767 descargó sobre la Compañía de España aquella tan espantosa tempestad que destruyó en un solo día la obra de dos siglos y medio, y cuyos estragos se extendieron á Portugal, Francia y Nápoles, hasta que la impiedad forzó la mano de un Papa y le obligó á firmar su destruccion total y completa, moraban en la casa de Loyola los PP. Juan Bautista de Mendizabal, Rector, P. Ignacio de Arizaga, Ministro, Ignacio Elcarte, Agustin de Cardaveraz, José de Mendizabal, Antonio Arribillaga, Juan José Arizabalo, José de Zumendi; y los HH. José de Odiaga, Francisco Audiaga, José Garate, Sebastian de Arregui, Domingo Ibaseta, Matias Pegenante, Manuel de Ituarte, José de Mugarza, Mateo Irusta y Pedro Mungui. Los que componian la pequeña residencia de Azcoitia eran los PP. Ignacio Maria Altima, Superior, Francisco Javier de Nasterrica, Juan Bautista Sorarrain; y los HH. Gabriel de Aristi y Manuel de Larrañaga.

Suprimida la Compañía en todos los dominios de España por la pragmática sancion de Carlos III en 2 de Abril de dicho año 1767, el gobierno ocupó desde luego todas sus temporalidades y nombró

varias juntas que cuidarán de su administracion; una de ellas, aquella á cuyo cargo estaban los bienes del Colegio de Loyola, nombró por primer administrador á D. Juan de Landa, vecino de la villa de Azpeitia. Tuvo este por sucesor al Sr. Ibero, que murió en 1795.

Habiendo la España declarado la guerra á la República francesa, envió esta un ejército hácia las Provincias Bascongadas: una parte de él, rompiendo por Guipúzcoa, penetró hasta Loyola, y aun más allá. Dueño del país, el Jefe que lo capitaneaba puso un destacamento de soldados en el Colegio, habiéndolo ántes abandonado algunos individuos de la Misericordia de Azpeitia que cuidaban del edificio y de la huerta antigua, desde poco despues de suprimida la Compañía. Mas para que las alhajas de Iglesia y otros objetos de valor no fueran presa de aquella rapaz y desalmada soldadesca la Junta de Guipúzcoa dispuso que D. Pedro de Larrumbide auxiliado de alguna fuerza armada las pusiera en salvo, escondiéndolas en lugar seguro. Mas por recelo de que aun así no cayeran en poder de los enemigos, emprendió un viaje á Madrid para depositarlas en manos del Rey, lo cual le valió ser condecorado con la cruz de la real órden de Cárlos III.

Hechas las paces entre España y Francia, creyó la Junta de temporalidades que aquel sagrado tesoro, del cual no se habia desprendido sino por parecerle que no tenia seguridad en un país dominado por aquella gente malvada, debia ser restituido al edificio y templo que estaba á su cargo. Hizo, pues, algunas gestiones, y tuvo la suerte, muy feliz en aquellos calamitosos tiempos, de recabar, si no todas, á lo ménos una buena parte de aquellas preciosas alhajas, las que fueron colocadas en los respectivos lugares que ántes ocupaban.

Esto pasaba en Loyola por el año de 1796. Mas no fué la sola provincia de Guipúzcoa la que vió sus fronteras invadidas por las huestes republicanas; tambien Nabarra fué visitada por aquel azote, que tal puede llamarse; y más de una vez sus cristianos moradores, con el corazon anegado en amargura, vieron las horribles hazañas que acometia aquella gente perdida. Sabido es que por do quiera que pasaban los ejércitos de la república dejaban en pos de sí montones de ruinas de iglesias y conventos que derribaban; uno de los que fueron arrasados por el martillo revolucionario fué el de los Canónigos Premonstratenses de Urdax, en Nabarra. Arrojadados aquellos religiosos de aquella santa mansion y privados de domicilio, solicitaron y obtuvieron del Sr. Cárlos IV el uso del Colegio de Loyola pa

proseguir en él su tenor de vida, mientras se reedificaba su antigua morada. La real orden es de 14 de Noviembre de 1797. En ella se manda que además del edificio se les entreguen, bajo inventario, las alhajas que se habian salvado, con más 6000 reales para atender á la conservacion del Colegio. Nueve años enteros pasaron en Loyola los hijos de San Norberto, hasta que en 1806 regresaron á su antiguo monasterio que acababa de ser reedificado, dejando edificio, alhajas y demas efectos que habian recibido, á cargo de D. Miguel Pizarro, comisionado por S. M. para ello.

El Colegio quedó entre tanto cerrado, y el nuevo administrador depositó en la capilla principal de la Santa Casa las alhajas, incluso la estátua de plata de San Ignacio. Mas, receloso dicho señor comisionado de que aquel sagrado tesoro no tentase la codicia de algun malhechor, solicitó y obtuvo del Comandante general de Guipúzcoa un destacamento de soldados al mando de un sargento para la seguridad del edificio y alhajas, con orden expresa de dejar expedito el paso para la capilla y de franquear la entrada del Colegio á cuantos desearan verlo. Dos años estuvo custodiada por la tropa.

Habiendo en 1808 resonado en Guipúzcoa, como en toda España, el grito de la independenciam y acudido la nacion entera á alistarse bajo sus banderas, el destacamento de Loyola voló á la defensa de Zaragoza, amenazada por las tropas de Napoleon.

Cerróse otra vez el Colegio: mas conociendo el Sr. Pizarro la rapacidad de los ejércitos franceses y los robos sacrilegos que cometian doquiera que su codicia hallára en qué cebarse, quiso librar aquellas alhajas de tanto peligro, y las enterró en lugar poco distante del edificio y muy difícil de descubrir. Mas ni aun así las creyó en seguridad; y por eso, y á consecuencia de la orden de José Napoleon por la cual se mandaba que fueran puestas á su disposicion las alhajas de oro y plata de las iglesias y conventos del Reino, pasó oficio á la Diputacion suplicándola que tomara las medidas necesarias para salvar aquel depósito, del cual andaban en busca los agentes del gobierno francés. Aquella corporacion envió un comisionado que se entendiera con Pizarro; y el 11 de Noviembre de 1812 procedieron con mucho secreto á la extraccion de las alhajas, y, previo inventario, fueron remitidas á Bilbao. Los habitantes de aquella ciudad recibieron aquel sagrado depósito con muchas muestras de alegría; pero temiendo alguna sorpresa de los franceses, dispusieron que la estátua de

plata del Santo fuera conducida por mar hasta Cádiz. Los gaditanos hicieron al Santo á su entrada en el puerto honores de Capitan General.

El edificio, durante estos acontecimientos, se mantuvo cerrado, ménos el tiempo que trascurrió desde el año de 1813 al de 1816 en que sirvió de hospital militar para las tropas españolas. Mas la Santa Casa siguió siempre abierta, y en ella se celebró la misa todos los domingos y fiestas de guardar.

Concluida la guerra, la estatua de plata, alhaja que de entre todas las ocultas se habia salvado, fué trasladada, en virtud de Real permiso que obtuvo la Diputacion de Guipúzcoa, de Cádiz á la iglesia parroquia] de Santa María, de esta Ciudad, y aquí permaneció hasta 1816. Hácia fines de aquel año fué conducida á Loyola en procesion y entregada por la Diputacion á los Padres de la Compañía, que acababan de restablecerse en dicha Santa Casa.

ALOÑAPEKO AGERKERA.

B adarorkizu; orra nun dezun:

V ranza baten gañian

L ora guzien lora nausiya

Z eruko-Erregiña aurrian.

V uspeztu zaitte; agur eiozu:

L a Goñatira jeistian,

E rritar danai esan zayezu

I gotzeko ariñ batian.

Esan zayezu, etorri zaizten

Neke, legorte, gaizkiak,

Erres kenduko ditubela, bai,

Ama Birjiña Mariak;

Berok benetan biotz-damutuz

Ontzen badira guztiak,

Aren Seme Jaun Jaungoikoarekiñ

Egiñik oso pakiak.

Beren bekatu aundiakgatik

Etorri izandu dirala

Errietara gaitz oyek danak,

Ekaitzaldi bat bezala;

Bere eskuban Ama Birjiñak

Jainkoarena daukala;

Bere mantupe-azpira danik

Iñor galdutzen ez dala.

Igo-baño leen Goñatiarrak

Aloñapeko basora,

Aitorturikan bota bitzate

Pekatu danak kanpora:

Erregu eta kanta umillez

Gesalza-albotik jun gora,

Arkaitz-arteko elortegitik

Birjiña Amaren ondora.